


La obra de Massis está escrita con pasión. Apoyándose en lo que ya pudo haberse dicho sobre un poeta, ha creado una obra original. Para llevar a cabo su propósito ha seguido el hilo de lo más importante de la producción de Whitman.—V. M.

  
<https://doi.org/10.29393/At361-362-76VAVM10076>

“VALPARAÍSO”, de *Joaquín Edwards Bello*. Editorial Nascimento,  
Santiago

La prosa de Joaquín Edwards Bello tiene matices inconfundibles. En ella lo fundamental es la idea, por lo general nacida de una anécdota, tejida en torno a una realidad. Su manera de decir es sencilla, de indudable rigor formal, sin embargo. Por excepción, existe la frase recargada. Y esta manera de escribir obedece, sin duda, a una concepción de la vida y de la literatura.

Su obra “Valparaíso” presenta un material interesante para enfocar la infancia y la adolescencia como tema literario.

El autor, tal vez ajeno a las preocupaciones psicológicas, ha plasmado en bellas páginas la evolución anímica de su propia vida allá en los cerros de Valparaíso, en alguna casona de lugares vecinos. Se nos da, por añadidura, la estampa de mujeres otoñales hermosas y sensuales, de alguna muchacha vestida de colegiala, disparadero de amores ideales. Y de vez en cuando, surgen hombres extraños, ejemplares humanos que viven a su manera para justificar la ineludible tarea de estar en el mundo.

Con frecuencia, las anécdotas se van entrelazando. De su confrontación se obtiene la imagen, un tanto virtual, del escritor que ha novelado sus vibraciones de antaño, del hombre que para vivir sus recuerdos ha remontado los cauces de la vida.

Algunas páginas de esta obra nos confirman la idea de que los individuos, cuando deshacen el camino de los hechos observan que su espíritu quisiera proyectarse por la fácil vertiente de la ironía o

por el camino de la tristeza. En ambas posturas rebulle, a veces diluído, un instinto romántico.

En los capítulos de "Valparaíso", la evocación adquiere infinitas reverberaciones. Quizás porque la vida es un arabesco de mallas sutiles, Edwards Bello no abusa de los pensamientos trascendentes. Y no obstante sus recuerdos tienen vitalidad, alma, espíritu. No es raro que el lector sensible, incitado por el ejemplo, se ponga a mirar a su interior, escuche el golpe rítmico de su corazón. Un psicólogo nos diría, con suficiencia, que gracias a este fenómeno de proyección sentimental, la psicología ha sentado los esquemas generales del hombre íntimo, ha colocado en una tabla los valores que son nervio de una filosofía entre racional e idealista, con sus puentes siempre tendidos entre ambas riberas del pensamiento.

La infancia como tema literario ha sido un acicate para muchos escritores. Los hombres se recrean en trazar sus memorias adolescentes, fijando también los primeros balbuceos conscientes allá en los bancos de una escuela, en las encrucijadas del barrio natal, en los campos llenos de pájaros y flores, de frutos en agraz, de árboles copudos, fronda y barricada de luchas campales.

Hace algunos años, Arturo Barea, escritor español, radicado en Inglaterra, escribió una trilogía en torno a los motivos que pudieron originar la forja de un rebelde. Y en esta obra, de fondo intrascendente, se van organizando los pequeños detalles de un vivir trabajoso, sin grandes hallazgos de creación literaria. Pero ahí reside su mayor mérito. Porque el autor no ha recreado los días de la infancia, viéndolos desde su mentalidad actual, adulta. Más bien, ha conseguido volver a ser niño, usando un lenguaje típicamente pueril, diciendo sus reacciones tal como debieron producirse en los años perdidos en brumas de olvido. De esta forma, su obra se convierte en uno de los más verídicos documentos.

Joaquín Edwards Bello ha escrito sobre sus recuerdos, pero enfocándolos desde ángulos presentes. Y por exigencia ineludible ha tenido que hacer literatura, de gran alcurnia, en esta oportunidad.

Los años vividos en Valparaíso se le vienen encima como un

turbión de aromas y de experiencias. Las escenas de su recuerdo tienen un no sé qué de íntima nostalgia.

Es cierto que el fluir temporal hace desdibujar los caminos que fueran hollados en fechas lejanas. El espíritu debe afrontar la tarea de su reconstrucción, bien sea a la manera sentenciosa que otorga severidad a los actos mínimos, bien sea rehuyendo todo empaque, dejando que las añosas realidades y experiencias se hagan ingravidas en sutil revolar de ironía.

Ahora bien, las páginas de este libro oscilan entre la severidad y la fuga humorística. De esta forma se consigue un equilibrio entre realidad y poesía. Y ambos elementos, enmarcados en un paramento literario de fácil alumbramiento. Ni por un solo momento se vislumbra la frase forzada. Más bien son éstas de una primorosa sencillez, sin perífrasis adventicias. El escritor hace alarde de espontaneidad literaria, una espontaneidad, tal vez conseguida a costa de un constante medir el valor y el peso de las palabras. Esta actitud estética de un escritor ha producido para las letras chilenas uno de los más singulares estilos. El estilo de Edwards Bello.

Su obra "Valparaíso" se inicia con las siguientes frases: "El mundo está en nuestro cerebro. No sé si los fantasmas de este libro tuvieron consistencia para otras personas de Valparaíso. El mundo de mi niñez es aquí una creación personal que veo y que siento. De todos mis fantasmas personales el más influyente es Perpetua Guzmán, mi aya o mamá".

Y cuando el libro está a punto de terminar, leemos: "Hay manchas en la pieza donde murió mi madre y donde mi padre declamaba las coplas de Manrique. El papel de la muralla destiñó y los cisnes no navegan en lagos azules, sino en charcas amarillosas. Los domingos me entristecen. Recuerdo a Perpetua cuando era joven, cuando hacía empanadas de domingo y me ponía ropitas de realce para llevarme a la misa de oncé. Escribo estas líneas en madera de álamo. Llega la noche. Las ranas arrullaron al día como a un niño".

¿Qué ha pasado a lo largo de estas cuatrocientas páginas?

Sin duda han ocurrido muchas cosas alegres, desagradables, gri-

ses. Y por añadidura, como resonancia espiritual, se nos dice que contar nuestra propia vida supone reconocer que otras vidas han dejado en nosotros una huella, imperceptible, profunda, de consecuencias nunca imaginadas.

Si esta obra de Edwards Bello la examinásemos al filo de los postulados estilísticos, habríamos de anotar varias características. Diríamos, por ejemplo, que su prosa se articula siempre mediante nexos visibles, de lógica y rigor gramaticales, que por excepción recurre a la esquematización sintáctica, que la frase verbal predomina sobre la nominal.

Pero no es tal nuestro propósito. Basta con decir que estamos frente a un escritor cuyo estilo flexible comunica a su obra una livianísima andadura literaria.

En uno de los capítulos recuerda el autor su vuelta a Valparaíso, después de un viaje al sur. Y escribe: "Es maravilloso ver cómo aparece de pronto Valparaíso, cuando el tren deja atrás las buganvillas de Viña. La locomotora brama de placer, da una vuelta brusca y aparece la primera roca marina. Se acabó la gravedad de la capital, trazada a la cuerda como versos de Ercilla".

He ahí como una imagen de esta obra. Capítulos maravillosos, evocaciones desordenadas, sin rigidez preconcebida.

Terminada su lectura, en nuestra calidad de lector formulamos un juicio, copiando unas palabras del autor: "Pareció que un saco de mariposas de todos colores se vaciaban delante de mí".—*Vicente Mengod.*



"MEMORIAS DE UN TOLSTOYANO", de *Fernando Santiván*. Zig-Zag, 1955

Cuando se ha curvado la línea del descenso fatal, el hombre vive retrospectivamente solazándose en el recuerdo del tiempo extinto, que mira a través de un prisma optimista como si el pasado fuese mejor